

ciones alusivas á él y á su mujer Miliza. Trató de reunir á las distintas naciones eslavas contra Amurátes; pero en 1389, en el campo de Cossovo, se decidió la suerte de aquellos. Allí perecieron Lázaro y Amurátes, y el primero fué venerado como mártir de su nación. Dícese que la traición de Vrancovic Vuco facilitó la victoria del Turco. En el siguiente fragmento se canta el episodio de la nacionalidad:

« Sir Lázaro se sienta á cenar, y junto á él la czarina Miliza.

» La czarina Miliza le dice: — Sir Lázaro, áurea corona de Servia, vas mañana á Cossovo, seguido de esclavos y capitanes, y en casa no dejas ningun hombre que pueda llevar una carta y traer la respuesta. Contigo van mis nueve hermanos, los nueve hermanos Gingo- vic. Déjame á lo ménos uno, un hermano á la hermana.

» Sir Lázaro le contesta: — Señora mia, czarina Miliza, ¿cuál de tus hermanos quieres se quede contigo en la blanca casa?

— Déjame á Bosco Gingovic.

» Dice entonces el Servio Sir Lázaro: — Señora mia, czarina Miliza, cuando amanezca mañana el blanco día y despunte el sol, pásate á la puerta de la ciudad; desde allí marchará el ejército, todos jinetes con sus lanzas; delante irá Bosco, con la cruzada bandera. Dale mi bendición, que entregue la bandera á quien quiera, y que se quede contigo.

» Cuando alborea la mañana y se abren las puertas de la ciudad, la czarina Miliza se dirige á aquel punto: allí está el ejército, jinetes todos con sus lanzas. Delante se ve á Bosco en su caballo bayo, todo radiante de oro; cúbrela la cruzada bandera (¡hermano!) y también á su caballo; sobre la bandera una manzana de oro; sobre la manzana áureas cruces; de las cruces penden áureas guirnaldas que tocan los hombros de Bosco. Acércase Miliza, la czarina, toma de las riendas al bayo, abraza á su hermano, y empieza á decirle con voz suave: — ¡Oh hermano mio, Bosco Gingovic, el señor te entrega á mí y permite que no vayas á la batalla de Cossovo; te envia su bendición, y órden de que des la bandera á quien quieras, y de que te quedés conmigo en Crucevo.

» Bosco Gingovic responde: — Vé, hermana, á la blanca torre; pues yo no volvería á ella, ni entregaría la cruzada bandera, aunque el señor me diese á Crucevo. Los demás dirían: ¡Bosco Gingovic tiene miedo! no se atreve á ir á Cossovo á verter su sangre por la cruz santa, á morir por la fe.

» Y pica los hijares á su caballo. Pero el anciano Gingo Bogdano llega y detras sus siete hijos. La czarina trata de detenerlos uno á uno, pero ni siquiera la miran.

» (Viene por último Voino Gingovic, conduciendo el palafren del señor, cubierto de oro: la hermana le abraza y le ruega como á los demás; él contesta):

— Vé, hermana, á la blanca torre: no retro-

cedería, y dejaría los palafrenes del señor, aunque supiese había de morir. Voy, hermana, á la llanura de Cossovo, á verter mi sangre por la cruz santa y á morir por la fe con mis hermanos.

» Y pica los hijares al caballo. Viendo esto la czarina Miliza, cae sobre una fría piedra y se desmaya. Pero llega Lázaro el Grande, y al ver á Miliza, le brota el llanto de los ojos, se vuelve de derecha á izquierda y llama al siervo Colombano: — Colombano, mi esclavo fiel, desmón- tate, coge en brazos á la señora y llévala á la alta torre; yo te dispengo de ir á la batalla de Cossovo: quédate en la blanca casa.

» Al oír esto Colombano, vierte lágrimas, echa pié á tierra, coge en brazos á la señora y la lleva á la alta torre. Pero no pudiendo resistir al deseo de ir á la batalla de Cossovo, vuelve adonde estaba su caballo blanco.

» Al amanecer dos cuervos volaron desde Cossovo y se posaron en la blanca torre, la torre de Lázaro el Grande. El uno grazna y el otro: dice — ¿Es esta la torre de Lázaro el Grande? ¿No hay en ella nadie?

» Ninguno de la casa oía esto; pero lo oyó Miliza la czarina. Sale de la torre y pregunta á los dos cuervos: — Oh, en nombre de Dios, negros cuervos, ¿de dónde venís? ¿acaso de la llanura de Cossovo? ¿Habéis visto á los dos fuertes ejércitos? ¿Ha empezado el combate? ¿Cuál de los dos vence?

» Los dos cuervos responden: — Oh, en nombre de Dios, czarina Miliza, venimos de la llanura de Cossovo; hemos visto los dos fuertes ejércitos; ayer empeñaron el combate y han sucumbido los dos príncipes. De los Turcos no sé quién ha quedado vivo, y los pocos Servios que se han librado de la muerte, todos están heridos y cubiertos de sangre.

» En este momento llega el esclavo Milutino, sosteniendo con la izquierda su mano derecha: diez y siete heridas muestra en su cuerpo, y el caballo viene todo ensangrentado. Miliza le pregunta: — ¿Qué pasa, ¡ay de mí! qué es lo que pasa, Milutino?

» El esclavo contesta: — Bájame, señora del fuerte corcel; lávame con agua fresca y vierte vino sobre mí. Me han vencido las grandes heridas.

» La czarina le baja, le lava con agua fresca y vierte vino sobre su cuerpo. Una vez algo repuesto el esclavo, pregúntale Miliza: — ¿Qué sucede, siervo mio, en el campo de Cossovo? ¿dónde ha sucumbido el grande sir Lázaro? ¿dónde el anciano Gingo Bogdano? ¿dónde sus nueve hijos? ¿dónde el capitán Milosio? ¿dónde Vuco Vrancovic? ¿dónde el ban de Strafna?

» Entonces el esclavo empieza á narrar: — Todos quedan, oh señora, en Cossovo. Donde sucumbió el alto sir Lázaro, hay muchas lanzas rotas, turcas y servias; pero más servias que turcas, en defensa de su señor, Lázaro el Grande. Gingo pereció al principio, en el primer encuentro. Sucumbieron los ocho Gingovic, y

solo vive Bosco Gingovic, y su bandera se despliega en Cossovo, y aun destruye Turcos, como el halcón palomas. El ban de Strafna perece con la sangre hasta la rodilla. Milosio sucumbió en Sinniza, en la fría agua, donde cayeron muchos Turcos. Milosio mató al Turco sir Amurátes y doce mil enemigos; ¡Dios bendiga á quien le engendró! ¡Que sus hechos se recuerden y celebren mientras existan hombres, mientras exista Cossovo! ¿Qué preguntas acerca del maldecido Vuco? ¡Maldito sea y quien le dió el ser! ¡Maldito con su raza y sus hijos! Él vendió al señor en Cossovo, y lleva consigo, señora, doce mil poderosos jinetes.

¡Excelente señal para un pueblo cuando, aun vencido, aun conculcado, conserva espíritu para cantar sus glorias! Esos cantos pasan de generación en generación, y son á modo de chispa en que tarde ó temprano se encenderá de nuevo la patria nacionalidad. Los únicos que no deben esperar son aquellos cuya indiferencia egoísta dejó perder hasta las memorias.

La religión bendijo á los que sucumbieron en Cossovo y la leyenda tejó una aureola á su sangriento cráneo:

« Voló un halcón blanco desde el santuario de Jerusalem, llevando una golondrina. Pero no era un halcón blanco, sino San Elías, ni llevaba una golondrina, sino una carta de la Virgen. Dirigiéndose á Cossovo, la pone en las rodillas del señor. La carta decía: — Sir Lázaro, ilustre potestad, ¿qué imperio eliges? ¿El celeste ó el terrestre? Si eliges el terrestre, ensilla los caballos, cñe la espada, y acomete á los Turcos: todo el ejército turco perecerá. Pero si eliges el imperio celeste, y haces en Cossovo un templo, que los fundamentos no sean de mármol, sino pura seda y escarlata. Haz comulgar y dispon luego el ejército: todo perecerá y tú con él.

» Cuando el señor oyó estas palabras, pensó y volvió á pensar: — Buen Dios, ¿qué hago y cómo? ¿qué imperio elegiré? ¿El celeste ó el terrestre? Si elijo el segundo, me durará poco; si el primero, su duración será por los siglos de los siglos.

» El señor eligió el imperio celeste. Edifica en Cossovo un templo, no con cimientos de mármol, sino de fina seda y escarlata. Llama despues al patriarca servio, y á doce grandes prelados; comulga y dispone al ejército. Mientras el conde disponía al ejército, los Turcos llegaron á Cossovo. El anciano Gingo Bogdano marchó con sus nueve hijos, los nueve Gingo- vic, á manera de nueve halcones blancos. Cada uno de los nueve conduce un escuadron, y Gingo doce mil hombres. Se empezó el combate: mataron siete bajáes. Cuando estaba próximo á vencer al octavo, muere el anciano Bogdano, y perecen los nueve Gingovic, semejantes á nueve halcones blancos, y sucumbe todo el ejército... y todos fueron santos é ilustres, y apreciables al buen Dios.

Hay cantos ménos bellos sobre los últimos

acontecimientos, sobre odios de pueblos ó de personas, sobre venganzas sangrientas. Y la Pequeña Servia no fué la única que repitió aquellas canciones, sino también la Bosnia, la Herzegovina, la Esclavonia, la Dalmacia, el Montenegro, la Croacia Meridional.

Parte de los Servios son Turcos, por lo cual frecuentemente cambian las tradiciones, haciendo vencer al musulmán; y Marco Crallievic es vencido por Ergna Mustafá, valeroso y beodo como él, que bebía grandes cántaros de vino, y se comía de una vez noventa libras de carnero, veinte de pan y lo mismo su caballo.

Cristianos y Turcos cantan la repugnancia que sienten cuando se les obliga á mudar de fe. Una musulmana, cautiva de un cristiano, en vez de abjurar, se precipita de lo alto del castillo, pero queda suspendida de las trenzas. Un jóven cristiano desprecia las ricas ofertas de un Turco. Se predicen desgracias á un Turco por haber obligado á los Cristianos á trabajar en domingo. En los cantos turcos el amor se reduce á filtros, raptos, infidelidades, rivalidades, desesperacion, artificios para hermoarse; en los Cristianos, á coloquios secretos, aflicciones, y Turcos convertidos por medio de casamientos.

En las canciones servias puede reunirse por fragmentos la historia no escrita de aquel pueblo, y de los valerosos Montenegrinos, perpétuo escollo del valor de los Turcos. Ivan, hijo de Chernova, contemporáneo de Scanderberg, es cantado por estos como si hubiese muerto ayer. «Tuvo un solo hijo, llamado Maccim (1), para el que pidió la mano de la hija del dux de Venecia, ofreciendo ir á recibirla con mil convidados; él reuniría otros tantos, y el más hermoso de todos sería Maccim. El dux consintió, siempre que el hecho correspondiese al elogio; pero cuando Ivan llegó á su casa, halló á su hijo desfigurado por las viruelas; y no queriendo desistir del propósito, indujo á uno á fingirse Maccim. Milosio Obrenbegovich, vavoda de Antivari, se prestó á la ficción, con tal que se le dejasen todos los regalos que trajera la esposa. En efecto, fué y obtuvo los regalos, habiendo añadido la madre una camisa de oro, no trabajada en telar, sino tejida con los dedos, y ceñida al cuello de una serpiente también de oro, en cuya cabeza brillaba una piedra preciosa, á fin de que los esposos no necesitasen lámpara en la cámara nupcial.

» Efectuadas las nupcias, se pusieron en viaje, y cuando estuvieron próximos á la habitación, Ivan descubrió el fraude, mostrándole á su verdadero esposo. Indignése la jóven, y protestó que no pasaría de allí, si no se quitaban á Milosio los regalos que había recibido. Negóse él á entregarlos, en virtud de lo acordado; mas al fin cedió, conservando no obstante la camisa. Pero esta era lo que más importaba

(1) Así dice la canción 35 del tomo II de las servias impresas en Leipsick, en 1824.

á la joven, que había empleado en su labor tres años, ayudándola tres compañeras. Volvióse, pues, á Macsim, y le dijo: — Tu madre no tiene sino á ti; pero haga el Cielo que de hoy en adelante cese de tenerte. Que tu lanza se convierta en ataud y tu escudo en paño mortuorio; que tu rostro se cubra de negro ante el tribunal de Dios, así como hoy se pone colorado al ver á Milosio.

» Macsim, excitado por estas palabras, se arroja sobre Milosio y le degüella; entónces se empeña el combate entre los parientes, y muchos de los convidados perecen. Macsim, despues de recibir diez y siete heridas, lleva consigo á la joven, y gasta un año entero en curarse. Entretanto Ivan, hermano de Milosio, va á Constantinopla á quejarse al sultan. En vista del peligro inminente, devuelve Macsim á los parientes la joven intacta, y en seguida corre á Constantinopla á disculparse. El sultan, complacido con tales visitas, induce á ambos á abrazar el islamismo. Despues que le hubieron servido por espacio de nueve años, obtuvieron, uno el bajalato de Ipek y otro el de Scütari, donde los descendientes de Macsim dominaron hasta el año de 1835, en que se extinguió su raza con Mustafá bajá. »

Tres hermanos, Vocassino, Uliesca y Goico, de la casa Merliavkevic, pobre gente de Livno, pero que las canciones suponen de estirpe real, llegaron á ser poderosos bajo Estéban Dusciano, el mas ilustre emperador de los Servios; y muerto este, se engrandecieron de tal modo que Vocassino ciñó la corona de Servia y de Rumanía, y duró hasta 1372. Una canción refiere cómo se convinieron los tres hermanos en fundar á Scütari :

« Hacía tres años que edificaban la ciudad, con trescientos maestros, pero no podían levantar los cimientos. Opónese la Vila y derriba los muros no bien son alzados. Consultada por los tres hermanos, declara que no elevarán la ciudadela hasta que no hayan encontrado dos hermanos llamados Stoya y Stoyano (esto es, habitante y habitadora) y los hayan sepultado bajo los cimientos de la fortaleza.

» Despues de buscarlos tres años inútilmente, vuelven á la Vila, que les dice: — Hay otro medio: sois tres hermanos carnales; cada uno tiene su fiel esposa; sepultad bajo los cimientos á la primera que venga mañana á traer la comida á los maestros, junto á la Boyana donde fabricáis. — Los tres hermanos ofrecen no advertir á sus esposas y dejar que la suerte decida cuál deba perecer; pero Vocassino y Uliesca violan el juramento, y Gioco es el único que no dice nada á su esposa.

» Al alborar del día, se levantan los tres hermanos, y se dirigen á las fábricas junto á la Boyana. Salen de la casa dos señoras, las moyores de las tres hermanas. Una lleva el lienzo á blanquear, y quiere extenderlo otra vez en el prado; lleva su lienzo á blanquear, pero se detiene aquí y no sigue adelante. La segunda

lleva un hermoso jarro de tierra colorada; lleva el jarro á las frescas aguas de la fuente, habla un poco con las otras mujeres, se detiene algo, pero no pasa de allí.

» La mujer de Gioco permanece sola en casa, porque aun no ha lavado á su niño de un mes. Llega no obstante la hora de la comida; la anciana madre de Gioco se levanta y quiere llamar á las criadas é ir con ellas á llevar el sustento diario á la Boyana. Entónces la joven esposa de Gioco le dice: — Quédate, madre, y arrúllame el niño, miéntras yo misma llevo la comida á mi señor. Sería gran pecado ante Dios y gran vergüenza ante los hombres, si en vez de nosotras llevases tú las provisiones.

» La joven llega á las fábricas y es entregada á Rad, maestro de obras. Se sonrie la amable esposa, le mira y cree todo aquello una chanza. Pero, tratándose de edificar la fortaleza, los trescientos maestros arrojaron piedra sobre piedra en torno de la infeliz, y árboles en gran cantidad, de manera que ya casi le llegaban á la rodilla. La inocente esposa veía esto sonriéndose, siempre con la idea de que era una broma, y los trescientos maestros seguían arrojando piedra sobre piedra y luego árboles, cubriéndola ya casi hasta la cintura. Entónces la desgraciada conoció la suerte que la esperaba y empezó á dar gritos, implorando á sus cuñados: — ¡ No me abandonéis, en nombre de Dios! ¡ No me dejéis emparedar aun joven y fresca!

» Pero los ruegos son inútiles; los cuñados no la miran siquiera; de modo que, deponiendo toda consideración, dirige la súplica á su marido: — No permitas que en la flor de la juventud me empareden en la fortaleza; manda á casa de mi madre; ella tiene mucho dinero con que comprarte esclavos y esclavas para que edifiques el castillo.

» Tales son sus ruegos, pero nada le valen. Vuélvese entónces al maestro de las obras Rad: — ¡ Oh hermano mio en Dios, caro maestro! Deja un ventanillo á la altura del pecho, para que cuando venga mi niño mi dulce Nanni, pueda mamar.

» Por la fraternidad en Dios lastimóse el maestro de obras y le dejó un ventanillo á la altura del seno, para que pudiese dar de mamar á su dulce Nanni.

— ¡ Oh maestro! Ruégote, hermano mio en Dios, que me dejes un ventanillo delante de los ojos, á fin de que vea de léjos mi blanca casa, cuando me traigan á mi hijo Nanni y se le lleven.

» Y el maestro se compadeció como un hermano, y le dejó un pequeño agujero delante de los ojos, á fin de que pudiera ver de léjos su blanca casa, cuando le trajesen á su Nanni y cuando se le llevaran otra vez.

» Así se edificó á Scütari. Condújose el niño al fatal sitio, la madre le alimentó una semana, y luego se extinguió su voz. Pero quedó el

sustento para el niño, y su madre le alimentó durante un año.

» Y como estaba entónces, está aun hoy. Las madres á quienes se les seca el pecho, visitan aquel sitio por el milagro allí acaecido y para curarse, van á aquel sitio para aquietar á sus niños. »

No puede ser anterior á la época de la dominación turca esta canción servia, citada por Tommaseo :

« ¡ Gloria á Dios, gloria al Uno! Escribe una carta el sir de Stambul y la envía al anciano Ivan: — Oyeme anciano Ivan; prepárate para combatir en el ejército imperial, lo ménos por nueve años.

» Cuando el anciano lee la carta, vierte abundantes lágrimas, y baña con ellas su blanquisima barba. Lloró de dolor, pues no tiene mas progenie que una hija única, Dova, preciosa doncella.

» Y Dova le pregunta: — Padre mio, anciano Ivan, ¿ de dónde vino la carta? ¿ de qué ciudad? ¿ qué te dicen en ella, para que llores de ese modo?

» Responde el anciano: — Hija mia, Dova, no es carta de ninguna ciudad; es un firman del magnifico señor, que me llama á su ejército, para que milite en él nueve años, dulce hija mia. Pero estoy muy viejo y no puedo militar.

» La joven Dova dice entónces: — ¡ Oh padre mio, anciano Ivan, córtame un traje de guerra, como el que usan los jinetes del señor; dame una armadura resplandeciente, tu caballo, el mosquete y la espada. Yo iré al ejército imperial por nueve años.

» No pareció verdad al anciano: le corta un traje guerrero, como el que usan los jinetes del señor; da á su hija la armadura resplandeciente, el caballo de luengas crines, el ligero mosquete y la espada.

» Dova se prepara: monta á caballo, va al campo, á las fuerzas imperiales y al ejército. Cuando llega al ejército imperial, todos se levantan, grandes y pequeños, y miran á la hermosa joven. Los Turcos dicen entre sí: — Buen caballo, y valiente mozo en cambio del anciano Ivan.

» Dova se dirige al señor magnifico. El señor le pone de visir en el ejército, y combate nueve años seguidos. Nadie sabe que es mujer; solo sospecha algo el joven Omer, dulce hijo del visir de los mares. Escribe al visir una carta: — ¡ Oh padre mio! ¡ visir de los mares! El hijo del anciano Ivan, que está de visir en el ejército imperial, figúraseme que es una mujer, en vista de su esbelto talle y del color sonrosado y blanco de su rostro.

» En cuanto leyó el visir la carta, dirigió otra á Omer: — Omer, querido hijo, si estas enamorado, llama al visir imperial y proponle jugar al mallo y el disco; si es mujer, no aceptará. Pero si así no logras conocerla, llámala á un jardín, y corretea por la verde yerba, que

si es mujer, apéñas se doblará bajo su planta. Si tampoco así la conoces, llámala al baño del rio, y allí te lo dará á conocer el seno y la larga cabellera.

» Cuando Omer recibió la carta y vió lo que decia su padre, propuso á Dova el juego. Van á tirar la piedra y el mallo, y Dova arroja á mayor distancia el mallo y la piedra.

» Al ver esto Omer, se dirige á un verde jardín, y Dova le sigue. Siéntanse sobre la fresca yerba, corren acá y allá; pero la joven, avisada y astuta, comprimia bajo de sí la yerba, y Omer no pudo conocerla.

» Fueron despues al baño para lavarse el blanquisimo rostro. Y ya iban á quitarse las corazas y luego las almillas, quedando descubierta el seno de Dova, cuando se oyó gritar al heraldo del ejército: — ¿ Quién es el visir del ejército? Sus casas han sido saqueadas, ha perecido el anciano Ivan, su madre ha muerto en los tormentos, el tesoro ha sido arrebatado de la estancia, se llevaron los caballos y los halcones.

Dova, al oir esto, afligida se sujeta de nuevo la coraza, empuña la espada, monta á caballo y pasa el rio. Vuelve entónces la vista, y dice así al joven Omer: — Omer, bizarro caballero, ¿ crece en tu campo el trigo como mis cabellos bajo la gorra? ¿ Crecen en tu huerto las manzanas como los pechos en mi seno?

» En seguida hace dar una vuelta á su poderoso caballo y se dirige á su país, á casa de su padre, el anciano Ivan. »

Una que celebraba la guerra entre los Turcos y los Rusos en tiempo de Isabel, fué refundida para cantar la última guerra empezada por Jorge el Negro y terminada por Milosio :

« Dos cuervos negros volaron desde Misara, la vasta campiña, y desde Schapa, la blanca ciudad; su pico sangriento hasta los ojos, sus patas sangrientas hasta las articulaciones. Volaron al traves de toda la rica Macia, pasaron el undoso Drino, viajaron por la gloriosa Bosnia y bajaron al país amargo, propiamente á Vapcupa, tierra maldita; y posándose ambos en la torre de Chilino, el capitan, graznaron. Sale entónces la señora de Chilino, les hace señas con la mano derecha y el áureo pañuelo; pero no quieren volar.

» Dice entónces la señora de Chilino: — ¡ Vosotros, oh cuervos! hermanos en Dios, ¿ venís de allá abajo, de Misara, la vasta campiña, y de Schapa, la blanca ciudad? ¿ Habéis visto muchas tropas turcas al rededor de Schapa, la blanca ciudad, y en las tropas á los jefes turcos? ¿ Habéis visto á mi señor, al capitan Chilino, que manda trescientos mil hombres, y que se ha comprometido á aquietar la tierra servia, á cobrar el tributo, á prender á Jorge el Negro, enviarlo vivo al señor y matar á los cabecillas servios, que atizaron en un principio la discordia? ¿ Ha enviado á Jorge al señor, ha empalado á Jacobo, sepultado vivo á Lucas, quemado á Zingíaco, dividido con la espada á

Chupicio, y atado á Milosio á la cola del caballo? ¿Ha sosegado la tierra de Servia? ¿ Vuelve á casa el capitan Chilino? ¿ Conduce el ejército de la altiva Bosnia? ¿ Viene á mí? ¿ Estará aquí pronto? ¿ No trae cabras de Macia? ¿ No conduce esclavas servias, sumisas á mis mandatos? Decídmelo, ¿ cuándo vendrá Chilino? ¿ cuándo le esperaré?

» Hablan entónces los dos cuervos: — ¡ Oh señora, esposa de Chilino, hubiéramos querido ser portadores de buenas nuevas; pero oye lo que ha pasado. Venimos de allá abajo, de Schappa, la blanca ciudad, de Misara, la vasta campiña; hemos visto huestes turcas al rededor de Schapa, la blanca ciudad, y en el ejército á los jefes, y á tu señor, el capitan Chilino, y á Jorge el Negro en Misara, la vasta campiña. Jorge al frente de quinientos mil Servios, y tu capitan Chilino al frente de cien mil Turcos. Vimos allí el choque de ambos ejércitos, en Misara, la vasta campiña. Los jefes turcos sucumbieron. El capitan Chilino no viene ni volverá. No le aguardes. Educa á tu hijo; envíale á la guerra: la Servia no puede aquietarse.

» Cuando esto oye la esposa de Chilino, grita como sierpe irritada; luego dice: — ¡ Ay cuervos! ¡ Malas nuevas me traéis! Decídmelo, hermanos en Dios, ¿ sabéis el nombre de alguno de los jefes que han perecido, de la ilustre Bosnia pedregosa?

» Contestan los dos cuervos: — Los sabemos todos; los nombraremos á todos, y dirémos los que faltan. Falta el capitan Mernedo, de Zvornico, la blanca ciudad. Le mató Milosio de Pogeria...

» Al oír esto la esposa de Chilino, llora á mares, se queja á modo de cuclillo y se agita como golondrina: sus imprecaciones son terribles: — Blanca Schapa, ¡ quiera el Cielo que no vuelvas á blanquear, sino que te consume llama viva, ya que junto á ti cayeron los Turcos! Jorge el Negro, ¡ ojalá que mueras! Desde que has acampado, muchas madres se han quedado sin hijos, muchas esposas sin maridos, muchas hermanas sin hermanos; á mí me has traspasado el pecho, privándome de mi señor, de mi señor el capitan Chilino. Sacerdote Lúcas, ¡ ojalá perezcas de tus heridas, pues has muerto á Sinano, el bajá que sabe aconsejar á la Bosnia. ¡ Oh Milosio! ¡ que el fusil te mate! Has muerto al capitan Mernedo, que fué el ala derecha de toda Bosnia y de los confines. ¡ Oh Jacobo! ¡ hiérate Dios, permanezcan desiertas tus casas! ya que has muerto al capitan Devenito. ¡ Oh Chupicio! ¡ acósente las desgracias! pues has dado muerte á Musa de Saraievo. ¡ Oh Somillánico! ¡ huya de ti la alegría! ya que ha sucumbido á tus golpes Asa de Vesiva, el hombre más hermoso de Bosnia. ¡ Oh Guinزارo! ¡ que Dios te hiera! ¡ Es poco el mal que haces á Turquía, para que trates de hacerlo también en la tierra germánica? pues has muerto al capitan Ostroicio, tierno jóven, único apoyo de su madre sin ventura.

» Esto dice y lucha con la muerte, Cae y no vuelve á levantarse, víctima de su agudísimo dolor. »

Hoy esta lengua expresa aun los gemidos y las esperanzas de los Cristianos oprimidos; y hace poco que un poeta ilírico (Ogneslaw Ostrozuski) cantaba como sigue:

*El eco del Balkan.*

« ¡ Oh, lágrimas de los Cristianos de la Bulgaria, de la Herzegovina y de la Bosnia!

» La aurora brilla para el mundo entero: solo el Balkan no tiene día. En un piélago de amargas lágrimas arde, arde la profunda llaga, hecha por la esclavitud.

» ¡ Esclavitud vil, esclavitud desastrosa! ¿ Cuándo llegarás al término? ¿ Cuándo asomará el sacro y dichoso sol que debe alumbrar esta oscura noche?

» En las mas distantes regiones resplandece ya el día de la libertad y de la verdad. Ya protege á los pueblos salvajes el áureo escudo de los sagrados derechos.

» Solo los bosques del Balkan resuenan con gritos de dolor. Allí la libertad no tiene templo; allí resuenan las cadenas de la esclavitud llevadas por Cristianos.

» Hasta en las comarcas mas ocultas penetra la palabra de la fe, á fin de que el sol de la emancipacion despunte para todos, y la incredulidad desaparezca.

» Pero donde se oyó antiguamente la palabra del Salvador, donde las empresas de un tiempo son como un espejo para toda alma vigorosa, allí se desmorona el templo de la fe.

» Oyeme, pues, ¡ oh Padre Omnipotente! en cuyo seno todos los mundos se unen; tú, que me diste los ojos á fin de que vea la verdad, oye á tu criatura.

» Á los piés de una roca escarpada está sentado un pobre búlgaro, oprimido por el dolor; y sin embargo, levanta su mirada hacia tí. Señor, ten piedad de nosotros.

» ¡ Ah! inspira á los pueblos amigos que comprendan al fin los afanes de sus hermanos. Recuérdales que nos sostengan en nuestra esperanza, que nos proporcionen la libertad.

» Oíd, ¡ oh pueblos! hijos de la gloria, hijos de una madre de héroes. Vuestro corazón no es un muro, ni gozará en las desgracias de sus hermanos.

» Recordad la gloria de vuestros abuelos, su gloria inmortal. El Eterno os ordena amar á vuestros hermanos, pueblos, según la ley de Dios.

» ¡ Salid de vuestro letargo! La gloria os aguarda. Laureles verdes é inmortales esperan al ejército de héroes, como recompensa de la victoria.

» Despertáos ¡ oh pueblos! Oid los gemidos de los niños (no finjo); ved cómo el Turco brutal arranca las hijas á sus madres.

» Oid los llantos de Mostar. En el helado invierno andan errantes los ancianos, y bañan los bosques con su sangre. Oíd cómo llaman en vano á sus hijos;

» Á sus hijos presos ó muertos. Oid á la madre, que invoca el castigo del Cielo para esos hombres feroces y se arranca sus blancos cabellos.

» Ved al recién nacido, á quien la nieve sirve de faja, y que yace junto á su madre: la muerte los ha mecido á entrambos en la fria cuna del hielo.

» Ved á cinco huérfanos con su madre, desnudos y hambrientos. « Dadnos pan, exclaman; tres días há que no comemos pan.

— Hijos míos, tened hoy también paciencia, hasta que llegemos á casa. Pronto acabará esta vida de desolacion, esta vida llena de afanes. »

» Así aquietan la madre á sus hambrientos hijos, haciendo brillar á sus ojos un rayo de esperanza. Entónces el menor dice con su natural candidez: « El Turco ha quemado nuestra casa, ¿ dónde está ahora nuestro asilo? »

» Corre un arroyo de lágrimas por las pálidas mejillas de la madre, y levantando los ojos al cielo dice: « Allí, hijos míos, está nuestra casa. »

» La aurora despunta para el mundo entero; solo el Balkan no tiene día. En un piélago de amargas lágrimas, arde la profunda llaga hecha por la esclavitud.

» Alejandro, domador de Persia; Castrioto, cuyas hazañas celebra el Turco, y vos Crallevich, ojo de Prizerna.

» Estrella de mejores tiempos, que no empaña nube alguna, sacudíos en vuestras tumbas! ¡ Mirad! Esta es vuestra patria, abrumada de cadenas.

» Alejandro, tomad vuestra espada; Castrioto, Crallevich, tomad la lanza y el escudo; que cada uno se esfuerce en reconquistar el bien perdido. »

Concluyamos, transcribiendo dos mas, traducidos al italiano por Guerrazzi:

*El ban de Croacia.*

« Habia una vez un ban en la Croacia, ciego del ojo derecho y sordo del oido izquierdo; con el ojo derecho miraba la miseria de su pueblo, y con el oido izquierdo escuchaba las quejas de los vaivodas. El que poseía víveres abundantes era acusado, y el que era acusado moría; así hizo cortar la cabeza á Umanai, bey, y al vaivoda Yambolic, apoderándose luego de sus Estados. Al cabo Dios, irritado de sus crímenes, envió espectros para que le atormentasen, y todas las noches veía al pié del lecho á Umanai y Yambolic, que le miraban fijamente con ojos lívidos. Despues, á la hora en que las estrellas empiezan á ponerse pálidas y el cielo se tñe con un ligerísimo tinte rosado, los dos espec-

tros; cosa horrible! se inclinaban como para saludarle de burla, y sus cabezas caían y rodaban por la alfombra. Entónces el ban podia dormir. Cierta noche, noche fria de invierno, Umanai habló y dijo: « Mucho tiempo há que te saludamos, ¿ por qué no nos devuelves el saludo? — El ban se levantó trémulo, y cuando se inclinaba para saludar, su cabeza cayó y rodó por la alfombra. »

*Jeduque moribundo.*

« Ven á mí, antigua águila blanca, ven á mí. Soy Gabriel Yapol, que te ha alimentado muchas veces con la carne de los Panduros, mis enemigos. Estoy herido, me siento morir; pero, antes de dar á tus aguilucho mi corazón, mi gran corazón, préstame, te ruego, un buen servicio. Coge con tus garras mi morral vacío, y llévalo á mi hermano Jorge para que me venga. En mi morral habia doce cartuchos, y allí ves doce Panduros tendidos sin vida á mi lado; pero eran trece, y el último, el cobarde Botzai, me hirió por la espalda. Coge, antigua águila blanca, con tus garras este lienzo bordado, y llévalo á la hermosa Kava para que me lloré. — Y el águila llevó el morral vacío al hermano Jorge, y le encontró ebrio de aguardiente, y llevó el lienzo á la hermosa Kava, y la encontró que iba á casarse con Botzai. »

§ 18. CANTOS BOHEMIOS.

La Bohemia se dedicó, con mas ardor aun que los demas pueblos eslavos, á buscar sus tradiciones nacionales, y Hanka, bibliotecario del Museo nacional bohemio, logró en 1819 descubrir, en un manuscrito del siglo XII, fragmentos de poemas de las edades primitivas de Bohemia (*Rukopis kralove dworski*) que fueron ilustrados por las dos lumbreras de la literatura bohemia, Safarik y Palacky. Se parecen á los romances españoles; algunos son líricos, otros épicos, y la mayor parte de los primeros se remontan á los tiempos de la idolatría.

El mas antiguo de la coleccion es este:

« Al traves de los montes y las selvas vaga un ciervo, salta, corre por los valles, lleva á lo léjos sus cuernos ramosos. Con los ramosos cuernos entra en la espesura y se lanza en medio de los bosques.

» Un jóven vaga en la montaña, lánzase á duras luchas al traves del valle y levanta las armas atrevidas. Con sus atrevidas armas disipa multitud de enemigos.

» Léjos, ¡ oh jóven de la montaña! De improviso los enemigos salvajes se arrojan sobre él; contra él de improviso giran sus siniestros ojos, centellantes de cólera; le hieren el pecho con las furibundas hachas, y el bosque repite sus doloridos ayes.